

Vuélvome, y veo á un gigante con albornoz, á uno de los árabes más altos, más delgados, más huesosos que he visto en mi vida.

—¿De dón le eres, pues?—le dije estupefacto.

—De Argel.

—¡Ah! apuesto á que eres kábila.

—Sí, señor.

Y se reía, encantado de que yo hubiese adivinado su origen; y señalando á su compañero añadió:

—Este también.

—¡Ah! bueno.

Esto sucedía durante una especie de entreactos.

Las mujeres, á quienes nadie hablaba, no se movían más que estátuas, y yo me puse á hablar con mis dos vecinos de Argel, gracias al auxilio del agente de policía indígena.

Supe que eran pastores, propietarios de los alrededores de Bujía, y que traían en los pliegues de sus albornoces flautas de su país en que tocan por las noches para distraerse. Deseaban sin duda que se admirase su talento, y me enseñaron dos cañas delgadas con agujeros, dos verdaderas cañas cortadas por ellos á orillas de un río.

Suplicué que los dejaran tocar, y todo el mundo se calló en seguida con perfecta galantería.

¡Ah! ¡Cuán sorprendente y deliciosa sensación se deslizó en mi alma con las primeras notas tan extrañas, tan raras, tan desconocidas, tan imprevistas, de las dulces vocecillas de aquellos pequeños tubes nacidos en el agua! Era dulce, fino, admirable todo aquello: sonidos que volaban, que revoloteaban uno tras de otro sin resumirse, sin tropezarse, sin juntarse jamás; un canto que se desvanecía siempre,

que volvía á empezar siempre, que pasaba, que flotaba en torno de nosotros, como un soplo del alma de las hojas, de los bosques, de los arroyos, del viento, entrada con aquellos dos pastores de las montañas, kábilas en aquella casa pública de un barrio de Túnez.

VII.

HACIA KAIROUAN.

11 de Diciembre.

Salimos de Túnez por un hermoso camino que recorre primero una cuesta, sigue un instante el lago, y atraviesa después una llanura. El amplio horizonte, cerrado por montañas de vaporosas crestas, está desnudo, enteramente desnudo, ocupado tan solo de trecho en trecho por pueblos blancos, donde se distinguen de lejos, dominando la indistinta masa de las casas, los puntiagudos minaretes y las pequeñas cúpulas de las koubbas. Sobre toda esta tierra fanática, encontramos sin cesar esas pequeñas cúpulas brillantes de las koubbas, ora en las fértiles llanuras de Argelia, ó del reino de Túnez, ora como un faro sobre el redondeado lomo de las montañas, ora al borde de las profundas zanjas en las espesuras de lentiscos y alcornoques, ora en el amarillo desierto entre dos datileros que se inclinan enci-

ma, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, dejando caer sobre la cúpula de leche la ligera y fina sombra de sus palmas.

Contienen, como una semilla sagrada, los huesos de los marabouts que fecundan el ilimitado suelo de Islam, haciendo germinar en él, desde Tánger á Tomboucton, desde el Cairo á la Meca, desde Túnez á Constantinopla, desde Kharthoum á Java, la más poderosa, la más misteriosamente dominadora de las regiones que han sojuzgado la conciencia humana.

Pequeños, redondos, aislados, y tan blancos, que despiden cierta claridad, parecen un grano divino, arrojado á puñados en el mundo por ese gran sembrador de fé, Mahoma, hermano de Aïssa y de Moisés.

Durante mucho tiempo, vamos al trote de los cuatro caballos enjaezados, por llanuras sin fin, plantadas de viñas ó sembradas de cereales que comienzan á brotar de la tierra.

Después detiénesese, de repente, el hermoso camino formado por puentes y calzadas desde el protectorado francés. Un puente ha cedido á las últimas lluvias, un puente muy pequeño, que no ha podido dejar pasar la masa de agua, venida de la montaña. Bajamos con gran trabajo á la zanja, y el coche, vuelto á tomar al otro lado, prosigue el hermoso camino, una de las principales arterias del reino de Túnez, como se dice en el lenguaje oficial. Durante algunos kilómetros, podemos trotar todavía hasta encontrar otro puentecillo que ha cedido igualmente á la presión de las aguas. Luego, algo más lejos, un puente es lo único que ha quedado, indestructi-

ble, como un diminuto arco de triunfo, mientras que el camino, deshecho en ambos lados, forman dos abisnos alrededor de esta nueva ruina.

Hacia mediodía, distinguimos ante nosotros una singular construcción. Es, al borde del camino casi desaparecido ya, un ancho montón de habitaciones juntas, altas apenas como la estatura de un hombre, albergadas bajo una continua serie de bóvedas, algunas de las cuales algo más elevadas, dominan y dan á este singular pueblo, el aspecto de una aglomeración de tumbas. Allá encima corren, erizados, blancos perros que nos ladran.

Aquella aldea se llama Gorombalia, y fué fundada por un jefe andaluz mahometano, Mohamed Gorombalia, arrojado de España por Isabel la Católica.

Almorzamos en aquel lugar, y después nos marchamos. Por todas partes se distinguen á lo lejos, con ayuda de los anteojos, ruinas romanas. Primero Vico Aureliano, luego Siago, más importante, donde quedan construcciones bizantinas y árabes. Pero he aquí que el hermoso camino, la principal arteria del reino de Túnez, no es más que un espantoso arnero. El agua de las lluvias lo ha horadado, minado, devorado por todas partes. Tan pronto los puentes destruidos no presentan más que una masa de piedras en una rambla, como permanecen intactos, mientras que el agua, desdeñándolos, se ha ido por otro camino, ¡briendo al través el talud de los puentes y calzadas en una extensión de cincuenta metros.

¿Por qué está así esto, estas ruinas? Un niño lo con preñencia á primera vista. Todos los puentecillos, demasiado estrechos además, están bajo el nivel de las aguas. En cuanto llegan las lluvias, los

unos, envueltos por el torrente, obstruidos por las ramas que arrastra son derribados, mientras que la corriente, rehusando el canalizarse debajo de los siguientes, que no están sobre su ordinario curso, prosigue el camino de otros años, á despecho de los ingenieros. Este camino de Túnez á Kairouan es maravilloso de ver. Lejos de ayudar al paso de las gentes y de los coches, hácelo imposible, crea peligros sin cuento. Se ha destruído el antiguo camino árabe que era bueno, reemplazándolo por una serie de hondonadas, de arcos demolidos y de agujeros. Todo hay que rehacerlo antes de terminado. Vuélvense á comenzar los trabajos después de cada lluvia, sin querer confesar, sin consentir en comprender que será preciso volver á empezar siempre aquel rosario de puentes desmoronados. El de Enfida ville ha sido reconstruído dos veces. Acaba de ser llevado ahora otra vez. El de Oued el-Hammam se halla destruído por cuarta vez. Son puentes nadadores, puentes sumergidos, puentes derruidos. Sólo los antiguos puentes árabes resisten á todo.

Comienza uno á disgustarse, porque el coche tiene que bajar por honduras casi infranqueables donde cree uno volcar diez veces por hora; luego acaba por reírse como de una increíble chocarrería. Para evitar estos temibles puentes, hay que dar inmensos rodeos, ir al Norte, volver al Sud, tornar al Este y repasar al Oeste. Los pobres indígenas han tenido que abrirse, á hachazos, á azadonazos, á hocinazos, un nuevo paso al través de los maquis, de verdes encinas, de tuyas, de lentiscos, de brezos y de pinos de Alepo, porque el antiguo paso ha sido destruído por nosotros.

Pronto desaparecen los arbustos, y no vemos más que una extensión ondulante, horadada por las zanjas, donde, de sitio en sitio aparecen, ya los claros huesos de un esqueleto de prominentes lados, ya un carroño medio devorado por las aves de rapiña y los perros. Durante quince meses no ha caído una gota de agua en la tierra, y la mitad de los animales se han muerto de hambre. Sus cadáveres permanecen sembrados por todas partes, envenenan el viento, y dan á estas llanuras el aspecto de un país estéril, abrasado por el sol y asolado por la peste. Sólo los perros están gordos, bien alimentados, con esta carne en putrefacción. A menudo, se ven dos ó tres engolfados en la misma podredumbre. Rígidas las patas, tiran del enorme muslo de un camello ó de un borríco, despedazan el pecho de un caballo ó destrozan el vientre de una vaca. Y se ve á lo lejos otros que andan errantes, en busca de carroños, olfateando y alargando su puntiagudo hocico.

Y es raro el pensar que ese suelo calcinado desde hace dos años por un sol implacable, anegado durante un mes en lluvias de diluvio, será por Marzo y Abril una ilimitada pradera, con hierbas que suben hasta los hombros de una persona, é innumerales flores como no vemos en nuestros jardines. Todos los años, cuando llueve, pasa el reino de Túnez, en pocos meses, por la más espantosa aridez y por la fecundidad más fogosa. De Sahara sin una brizna de hierba, tórnase de repente, casi en algunos días, como por un milagro en una Normandía muy verde. Normandía embriagada de calor, de un calor que arroja en aquellas cosechas

tales corrientes de savia, que nacen aquellas, crecen, amarillean y se maduran, casi á la vista.

Está cultivada de trecho en trecho, de una manera muy singular, por los árabes.

Estos habitan, ora las blancas ciudades, vistas de lejos, ora los *gourbis*, chozas de ramaje, ora oscuras y puntiagudas tiendas ocultas, como enormes setas, detrás de secas enramadas ó de bosques de cactus. Cuando la última cosecha ha sido abundante, se deciden pronto á preparar las labores; pero cuando la sequía los ha puesto hambrientos esperan en general á las primeras lluvias para arriesgar sus últimos granos ó para tomar del gobierno que éste les presta con bastante facilidad. Ahora bien, si los pesados chaparrones de otoño han inundado la comarca, van á buscar ya al caid que retiene el territorio fértil, ya al nuevo propietario europeo que alquila más caro, pero que no les roba y les hace en sus comprobantes más estricta justicia, que no es venal, y designan las tierras elegidas por ellos, señalando los límites, las toman en arrendamiento por una sola estación, y después comienzan á cultivarlas.

Entonces se ve un asombroso espectáculo. Siempre que, dejando las regiones pedregosas y áridas, se llega á las partes fecundas, aparece á lo lejos las inverosímiles siluetas de los laboriosos camellos uncidos á los arados. Tan gigante, fantástica bestia arrastra con su lento paso, el delgado instrumento de madera que empuja el árabe, vestido con una especie de camisa. Pronto se multiplican aquellos sorprendentes grupos, porque se aproxima un centro muy buscado. Van, vienen, se cru-

zan en toda la llanura, paseando el inexplicable, perfil del animal, del instrumento y del hombre todo lo cual no forma más que un solo sér apocalíptico, y solemnemente extraño.

El camello es reemplazado de vez en cuando por vacas, asnos y á veces por mujeres. Yo he visto atar una con un borrico, tirando tanto como la bestia, mientras que el marido empujaba y excitaba á tan lamentable yunta.

El surco del árabe no es ese hermoso surco profundo y recto del labrador europeo, sino una especie de festón que se pasea caprichosamente á flor de tierra, alrededor de los grupos de azufaifos. Nunca se detiene este perezoso cultivador, ni se baja para arrancar una planta parásita, brotada en medio del camino. Se aparta de ella dando un rodeo, la respeta, la encierra como si fuera preciosa, como si fuera sagrada, en los círculos tortuosos de su labor. Sus campos están, pues, llenos de arbustos, algunos de los cuales son tan pequeños, que un simple esfuerzo de la mano podría extirparlos. La sola vista de esta cultura mixta de malezas y cereales, acaba por enervar tanto la vista, que dan ganas de cojer un azadón y limpiar las tierras, por donde circulan al través de los azufaifos salvajes, esas fantásticas triadas de camellos, de arados y de árabes.

Encuétranse en esta tranquila indeferencia, en este respecto por la planta, brotada en la tierra de Dios, el alma fatalista del hombre oriental. Si ha crecido allí esa planta es por que El lo ha querido sin duda. ¿Por qué deshacer y destruir su obra? ¿No es mejor apartarse y dejarla? Y si crece has-

ta cubrir todo el campo; no hay otras tierras más lejos? ¿Por qué tomarse ese trabajo, hacer un gesto, un esfuerzo más, aumentar con una fatiga, por ligera que sea, la indispensable tarea?

Entre nosotros, el aldeano, trabajador, celoso de la tierra más que de su mujer, se arrojaría con el azadón en la mano sobre el enemigo que surge ante él, y no descansaría hasta que lo hubiese vencido golpeando, con gestos de leñador, la fuerte raíz sepultada en el suelo.

Aquí, ¿qué les importa? Tampoco quitan jamás la piedra que se encuentran; apártanse de ella también. En una hora podrían limpiarse algunos campos, por un solo hombre, de las movibles rocas que obligan al arado á ejecutar ondulaciones sin cuento. Jamás se verán libres. La piedra está allí, que permanezca. ¿No es esa la voluntad de Dios?

Cuando los nómadas han sembrado el territorio elegido por ellos, se van buscando en otra parte pastos para sus rebaños y dejando una sola familia al cuidado de las cosechas.

Estamos ahora en un inmenso dominio de 14 000 hectáreas, el cual se llama Enfida, y pertenece á algunos franceses. La compra de esta desmesurada propiedad, vendida por el general Kheired-Din, ex-ministro del bey, ha sido una de las causas determinantes de la influencia francesa en Túnez.

Las circunstancias que han acompañado á esta compra, son graciosas y características. Cuando los capitalistas franceses y el general se hubieron puesto de acuerdo en el precio, fueron á casa del cadí para redactar el acta; pero la ley de Túnez

contiene una disposición especial que permite á los vecinos limítrofes de una propiedad vendida, el reclamar la preferencia por igual precio.

Entre nosotros, por igual precio, se entendería una suma igual en cualesquiera especies que tuvieran curso; pero el código oriental, que deja siempre una puerta abierta á los enredos, pretende que el precio sea pagado por el vecino reclamante en monedas idénticas: igual número de títulos de la misma naturaleza, billetes de banco del mismo valor, piezas de oro, de plata ó de cobre. En fin, con objeto de hacer, en ciertos casos, insoluble esta dificultad, permite al cadí autorizar al primer comprador para que añada á la suma estipulada un puñado de monedas indeterminadas, y por consiguiente, desconocidos, lo cual pone á los vecinos limítrofes en la imposibilidad absoluta de suministrar una suma estricta y materialmente igual.

Ante la oposición de un israelita, el señor Lévy, vecino de Enfida, pidieron los franceses al cadí autorización para añadir al precio convenido ese puñado de monedas. La autorización fué negada.

Pero el código musulmán es fecundo en medios, y se presentó otro. Tal fué el comprar esta enorme extensión de terreno de 14 000 hectáreas, menos una zona de un m^oro en todo alrededor. Desde entonces no había ya contacto con ningún vecino; y la sociedad franco-africana quedó, á pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos y del ministro del bey, propietaria de la Enfida.

Dicha sociedad ha hecho ejecutar grandes trabajos en todas las partes fértiles, ha plantado viñas, árboles, fundado ciudades y dividido las tierras en

porciones regulares de diez hectáreas cada una, á fin de que los árabes tuviesen toda facilidad para elegir é indicar su elección sin error posible.

Durante dos días vamos á atravesar esta provincia perteneciente á Túnez, antes de llegar al otro extremo. Hace algún tiempo que el camino, una sencilla pista al través de los bosques de azufaifos, se había mejorado, y la esperanza de llegar antes de la noche á Bou-Ficha, donde debíamos dormir nos alentaba, cuando distinguimos un ejército de obreros de varias razas, ocupados en reemplazar este transitable camino por una via francesa, es decir, por un rosario de peligros, y tuvimos que volver atrás. Son sorprendentes estos obreros. El negro morrudo de grandes ojos blancos, de dientes brillantes, cava junto al árabe de fino perfil, al lado del velludo español, del marroquí, del moro, del maltés y del trabajador francés que se halla, no se sabe cómo ni por qué, en este país; hay también griegos, turcos, toda clase de tipos de Levante; y se piensa en lo que debe ser la medida de moral, de probidad y de amenidad de semejante herda.

A cosa de las tres llegamos á la caravanera más vasta que he visto en mi vida. Es toda una ciudad, ó más bien dicho, un pueblo encerrado en un solo recinto, que contiene, uno después de otro, tres inmensos patios donde están metidos los hombres en casitas, panaderos, zapateros, comerciantes diversos, y bajo arcadas, las bestias. Algunas celdas limpias, con camas y esteras, están reservadas para los pasajeros distinguidos.

Sobre la pared de la terraza, dos blancos picho-

nes, plateados y relucientes, nos miran con ojos encarnados que brillan como rubíes.

Los caballos han bebido y nos volvemos á marchar.

El camino se aproxima al mar, cuya azulada superficie descubrimos allá en el horizonte. En el extremo de un cabo aparece una ciudad, cuya línea recta, deslumbradora bajo el sol poniente, parece que corre por el agua. Es Hammamet, que se llamaba Put-Put durante la dominación romana. A lo lejos, ante nosotros, en la llanura, se alza una ruina que, por un efecto de óptica, parece gigantesca. Es otra tumba romana de diez metros de alta, que se llama Kars-el-Menara.

Viene la noche. Sobre nuestras cabezas ha permanecido azul el cielo, pero delante de nosotros se extiende una nube violeta, opaca, tras de la cual se oculta el sol. Por debajo de esta nube se alarga el horizonte y en el mar una estrecha cinta rosa, recta, regular, y que se torna más luminosa de minuto en minuto, á medida que descende hacia ella el invisible astro. Pesadas aves pasan con lento vuelo; son, me parece, cernicalos. La sensación de la noche es profunda, penetra el alma, el corazón, el cuerpo con raro poder, en esta landa salvaje que va así hasta Kairouan, á dos días de marcha delante de nosotros. Tal debe ser, á la hora del crepúsculo, la esteparusa. Encontramos á tres hombres con albornoz. De lejos los tomo por negros, tan morenos y relucientes son; luego reconozco el tipo árabe. Son gentes de Souf, curioso oasis casi sepultado en la arena entre los Chotts y Tougourt. Las tinieblas nos envuelven

en seguida. Los caballos apenas ven. De pronto surge en la sombra una pared blanca. Es la intendencia norte de la Enfida, el bordj de Bou-Ficha, especie de fortaleza cuadrada, defendida por paredes sin aberturas y por una puerta de hierro, contra las sorpresas de los árabes. Están esperándonos. La mujer del intendente, la señora Moreau, nos ha preparado una magnífica comida. Hemos andado 80 kilómetros á pesar de los puentes y calzadas.

12 de Diciembre.

Salimos al despuntar el día. La aurora es sonrosada, de un color intenso. ¿Cómo expresarla? Diría que es asalmonada si este matiz fuese más brillante. La verdad es que carecemos de palabras para explicar todas las combinaciones de los tonos. Nuestra mirada, la mirada moderna, sabe ver la infinita escala de matices. Distingue todas las uniones de colores entre sí, todas las gradaciones que sufren y todas las modificaciones que experimentan bajo la influencia de la luz, de las sombras, de las horas del día. Y para expresar esos milares de sutiles colores tenemos únicamente algunas palabras, las sencillas palabras que empleaban nuestros padres para manifestar las raras emociones de sus ojos.

Miremos las nuevas telas. ¡Cuántos matices inefables entre los tonos principales! Para expresarlos, no puede uno servirse más que de comparaciones que son siempre insuficientes.

Lo que yo he visto aquella mañana en algunos minutos, no podría expresarlo con verbos, nombres y adjetivos.

Nos acercamos más al mar, ó mejor dicho, á un vasto estanque que se abre sobre el mar. Con mis anteojos distingó en el agua flamencos y dejó el coche para llegar hata ellos por entre la maleza y mirarlos más de cerca.

Avanzo y los veo mejor. Unos andan, otros están en pie sobre sus largas patas. Son manchas blancas y rojas que flotan, ó enormes flores que brotan sobre menudos tallos de púrpura, flores agrupadas por centenares, ora en la orilla, ora en el agua. Díjérase que son acirates de carmíneos lirios, de donde salen, como de una corola, cabezas de aves manchadas de sangre en el extremo de un cuello fino y encorvado.

Me acerco más, y de pronto, la banda próxima me ve ó me olfatea, y huye. Primero se levanta uno solo, después todos. Es en verdad, el prodigioso vuelo de un jardín, cuyas canastillas elevanse hacia el cielo, una tras de otra: y yo sigo largo rato con mis anteojos, las rosadas blancas nubes que se van a lá abajo, hacia el mar, dejando arrastrar tras de sí todas aquellas ensangrentadas patas, finas como ramas cortadas.

Aquel gran estanque servía de refugio en otro tiempo á las embarcaciones de los habitantes de Aphrodisium, temibles piratas que allí se refugiaban.

Distingúense, á lo lejos, las ruinas de aquella ciudad, donde Belisario hizo alto en su marcha hacia Cartago. Todavía se halla un arco de trinfo, los res-

tos de un templo de Venus y de una inmensa fortaleza.

En el territorio de la Enfida, se encuentran los vestigios de diecisiete ciudades romanas. Allá abajo, á la orilla, está Hergla, que fué la opulenta Aurea Cœlia de Antonino, y si en vez de dirigirla hacia Kairouan, continuásemos en línea recta, veríamos, en la noche del tercer día de camino, alzarse en una llanura completamente inculta, el anfiteatro de Ed-Djem, tan grande como el coliseo de Roma, resto colosal que podía contener 80,000 espectadores.

Alrededor de este gigante, que se conservaría casi intacto si Hamouda, bey de Túnez, no le hubiese hecho abrir á cañonazos, para desalojar á los árabes que se negaban á pagar el impuesto, se han encontrado, de trecho en trecho, algunas huellas de una gran lujosa ciudad, vastas cisternas y un inmenso capitel corintio del más puro arte, único trozo de mármol blanco.

¿Cuál es la historia de esta ciudad, la Tusdrita de Plinio, la Thysdrus de Ptolomeo, cuyo nombre se halla transcrito solamente una ó dos veces por los historiadores? ¿Qué le falta para ser célebre, supuesto que fué tan grande, tan poblada y tan rica? Casi nada, un Homero.

Sin él, ¿qué hubiera sido Troya? ¿Quién conocería á Itaca?

En este país entra por los ojos lo que es la historia, y sobre todo, lo que es la Biblia. Compréndese que los patriarcas y todos los personajes legendarios tan grandes en los libros, tan imponentes en nuestra imaginación, fueron unos pobres hombres que andaban errantes al través de los pueblos primitivos,

como andan esos árabes sencillos y graves, llenos aún del alma antigua y vestidos con traje antiguo. Los patriarcas tuvieron poetas historiadores para cantar su vida.

Una vez al menos por día, al pie de un olivo, en el ángulo de un bosque de cactus, se encuentra la *Huida á Egipto*; y no puede uno menos de sonreirse al pensar que los pintores han hecho sentarse á la Virgen María en el asno que fué montado sin duda alguna por José, su esposo, mientras ella seguía con paso lento, llevando á la espalda, en un albornoz gris, el cuerpecillo, redondo como una bola, del niño Jesús.

A la que vemos, sobre todo en cada pozo, es á Rebeca. Está vestida con traje de lana azul, magníficamente envuelta: lleva en los tobillos anillos de plata, y en el pecho un collar del mismo metal, formado de placas, unidas por cadenitas. A las veces, se oculta el rostro cuando nos acercamos; otras, si es hermosa, nos muestra un fresco y moreno rostro que nos mira con ojos negros. Es la hija de la Biblia, aquella de la cual ha dicho el cántico:

Nigra sum sed formosa, aquella que, sosteniendo una odre en su frente por los pedregosos caminos, mostrando la fuerte y bronceada carne de sus piernas, andando con tranquilo paso, balanceando dulcemente su gentil talle sobre las caderas, tentó á los ángeles del cielo, como nos tienta todavía á nosotros que no somos ángeles.

En Argelia y en el Sahara argelino, todas las mujeres, así las de la ciudad como las de las tribus, van vestidas de blanco. En Túnez al contrario, las de las ciudades van en ueltas de pies á cabeza en velos de

muselina negra, que las convierte en extrañas apariciones en las blancas calles de las ciudades del Sur, y las de los campos visten trajes azules de gran efecto, que les dan un aspecto más bíblico aún.

Ahora atravesamos una llanura, donde se ven por todas partes las huellas del trabajo humano, pues nos acercamos al centro de la Enfida, bautizada con el nombre de Enfidaville, después de haberse llamado Dar-el-Bey.

Allá abajo hay árboles. ¡Qué asombro! Son altos ya, aunque plantados hace cuatro años no más, y demuestran la admirable riqueza de esta tierra y los resultados que puede dar un cultivo inteligente y serio. Luego, en medio de estos árboles, aparecen grandes edificios sobre los cuales flota la bandera francesa. Es el domicilio del regidor general y el germen de la ciudad futura. Un pueblo se ha "ornado ya en torno de esas importantes construcciones, y todos los lunes se verifica un mercado donde se hacen importantes negocios y á donde concurren en masa los árabes desde los puntos más lejanos.

Nada hay tan interesante como el estudio de la organización de este inmenso dominio, donde los intereses de los indígenas han sido protegidos con tanto cuidado como los de los europeos. Aquello es un modelo de gobierno agrario para aquellos mezclados países, donde costumbres esencialmente opuestas y diversas, exigen instituciones muy previsoras.

Después de haber almorzado en esta capital de la Enfida, salimos para visitar una curiosísima ciudad erigida sobre una roca que se halla á cinco kilómetros de distancia.

Primero atravesamos viñedos, después entra nos en

la landa, en esas largas extensiones de tierra amarilla, sembradas únicamente de bosques de azufaifos.

La sábana de agua subterránea está á dos, tres ó cinco metros, bajo casi todas esas llanuras, que podrían convertirse, con un poco de trabajo, en inmensos campos de olivos.

Allí se ven, de trecho en trecho, bosquecillos de cactus grandes, apenas como nuestros vergeles.

He aquí el origen de esos bosques.

Existe en Túnez un uso muy interesante dominado *derecho de vivicación del suelo*, el cual permite á todo árabe apoderarse de las tierras incultas y fecundarlas si el propietario no se da prisa á oponerse á ello.

Así, pues, el árabe, en cuanto ve un campo que le parece fértil, planta olivos, sobre todo cactus llamados impropiaemente por él higueras de Barbería, y por este solo hecho se asegura el disfrute de la mitad de cada cosecha hasta la extinción del árbol. La otra mitad pertenece al propietario del suelo quien desde entonces no tiene más que vigilar la venta de los productos para tomar su parte regular.

El árabe invasor debe tener cuidado de este campo, cuidarlo, defenderlo contra los robos, librarlo de todo mal como si le perteneciese en propiedad, y todos los años pone los frutos en subasta para que el reparto sea equitativo. Por lo demás, casi siempre los adquiere él, pagando entonces al verdadero propietario una especie de canon irregular y proporcional al valor de cada recolección.

Estos bosques de cactus tienen un aspecto fantástico. Sus retorcidos cuerpos parecen cuerpos de dragones, miembros de monstruos con las escamas le-

vantadas y erizadas de puntas. Cuando se encuentra uno por la noche, al resplandor de la luna, puede creerse que se entra en un país de ensueños.

Todo el pie de la escarpada roca que sostiene á la ciudad de Tac-Rouna está cubierto con esas altas diabólicas plantas. Atraviésase una selva del Dante. Parece que van á moverse, á agitar sus anchas hojas redondas, espesas y cubiertas de largas agujas, que van á cogerlos, á estrecharlos, á destrozarlos con sus terribles garras. No conozco nada que alcance tanto como ese caos de piedras enormes y de cactus que guarda el pie de esta montaña.

De pronto, en medio de esas rocas y de esos vegetales de feroz aspecto, descubrimos un pozo rodeado de mujeres que iban á buscar agua. Las alhajas de plata de sus piernas, de sus cuellos, relucían al sol. Al vernos, ocultan sus morenos rostros bajo un pliego de tela azul que los envuelve, y con un brazo levantado hasta la frente, nos dejan pasar, tratando de vernos. El sendero es escarpado, buen tratado para caballerías. Los cactus han trepado también á lo largo del camino, en las rocas. Parece que nos acompañan, que nos rodean, que nos cercan, que nos siguen y que nos adelantan. Allá arriba, en la cima de la montaña, aparece siempre la brillante cúpula de una koubba.

He aquí el pueblo: un montón de ruinas, de paredes desmoronadas, donde no se llega á distinguir los agujeros habitados de los que ya no sirven. Los trozos de pared, todavía en pie, al Norte y al Oeste, están de tal modo minados y amenazadores, que no nos atrevemos á pasar por en medio, pues una sacudida los derribaría.

La vista, desde lo alto, es magnífica. Al Sur, al Este y al Oeste, la llanura infinita que baña el mar en una larga extensión. Al Norte, montañas pedregadas, dentelladas como las crestas de los gallos. A lo lejos, el Djebel-Zagh'ouan, que domina toda la comarca.

Son las últimas montañas que distinguimos ahora hasta Kairouan.

Esta pequeña ciudad de Tac-Rouna, es una especie de plaza fuerte árabe, enteramente libre de un ataque. Tac, por lo demás, es un diminutivo de Tackesche, que quiere decir fortaleza. Una de las principales funciones de los habitantes, pues no se puede decir en este caso "ocupaciones," consiste en guardar en sus graneros los granos que los nómadas les confían después de la cosecha.

Volvemos, por la noche, á dormir en Enfidaville.

13 de Diciembre.

Pasamos primero por la sociedad franco-africana, luego llegamos á unas desmesuradas llanuras donde andan errantes, por todo el horizonte, esas inolvidables apariciones compuestas de un camello, de un arado y de un árabe. Tórnase después árido el suelo, y ante nosotros veo con los anteojos un gran desierto de colosales piedras, en pie, en todos sentidos, á derecha y á izquierda, hasta perderse de vista. Al acercarse, nótese que son dolmenes. En una necrópolis de gigantescas proporciones, pues cubre cuarenta hectáreas. Todas las tumbas están compuestas de cuatro piedras planas. Tres de ellas, en

pie, forman el fondo y los dos lados; otra, puesta encima, sirve de tejado. Durante mucho tiempo, todas las investigaciones hechas por el regidor de la Enfida para descubrir cuevas bajo esos monumentos megalíticos han sido inútiles. Hace dieciocho meses ó dos años que el Sr. Hamy, conservador del museo etnográfico de París, después de haber buscado mucho, logró descubrir la entrada de esas tumbas subterráneas, ocultas con gran destreza bajo un lecho de fuertes rocas. Ha encontrado dentro algunas osamentas y vasos de tierra que revelan sepulturas bereberes. De otro lado, el Sr. Mangiavacchi, regidor de la Enfida, ha indicado, no lejos de allí, las huellas casi desaparecidas de una vasta ciudad berebere. ¿Cuál podría ser esta ciudad que ha cubierto con sus muertos una extensión de cuarenta hectáreas?

Entre los orientales, se sorprende uno sin cesar, por el lugar abandonado á los antepasados en este mundo. Los cementerios son inmensos, innumerables. Encuéntrense por todas partes. Las tumbas, en la ciudad del Cairo, ocupan más espacio que las casas. Entre nosotros, al contrario, la tierra cuesta cara y los muertos disponen de poca. Se los amontona uno contra otro, uno sobre otro, uno en otro, en un rinconcito, fuera de la ciudad, en los alrededores, entre cuatro paredes. Las losas de mármol y las cruces de madera cubren generaciones sepultadas allá hace siglos. Es un basurero de muertos á la puerta de la ciudad. Dáseles justamente el tiempo de perder su forma en la tierra engrosada ya con la podredumbre humana, el tiempo de mezclar todavía su carne descompuesta

con esa arcilla cadavérica; después, como llegan otros sin cesar y se cultivan los campos con hortalizas para los vivos, revuélvese á azadonazos ese suelo devorador de hombres, se arrancan los huesos encontrados, las cabezas, los brazos, las piernas, las costillas de hombres, de mujeres y de niños, olvidados y confundidos juntos; arrójase los, mezclados, en una escavación, y se ofrece á los muertos recientes, á los muertos cuyo nombre se sabe todavía, el sitio robado á los otros, que nadie conoce ya, que han vuelto por completo á la nada, pues hay que ser económico en las ciudades civilizadas.

Saliendo de este antiguo y desmesurado cementerio, distinguimos una casa blanca. Es El-Menzel, la intendencia Sur de la Enfida, donde termina nuestra etapa.

Habiendo permanecido un rato hablando después de comer, se nos ocurrió la idea de salir algunos minutos antes de acostarnos. Un claro y magnífico resplandor de la luna alumbraba la estepa, y deslizándose entre las escamas de cactus enormes nacidos á algunos metros delante de nosotros, dábales el aspecto sobrenatural de un rebaño de bestias infernales que lucían de repente en el espacio, y en todas direcciones, las redondas placas de sus infernales cuerpos.

Y como nos hubiésemos detenido para mirarlos, un lejano ruido, continuo, poderoso, llegó hasta nosotros. Eran innumerables voces, agudas ó graves, de todos los timbres imaginables, silbidos, gritos, llamadas, el rumor desconocido é imponente de enloquecida muchedumbre, de una muchedumbre in-

definible, no real, que debía luchar en alguna parte, ignorábase dónde, en el cielo ó en la tierra. Prestando oído hacia todos los puntos del horizonte, acabamos por descubrir que aquel clamor venía del Sur. Entonces dijo alguien:

—Son los pájaros del lago Tritón.

Debíamos efectivamente pasar al otro día junto á ese lago, llamado por los árabes El-Kelbia [la piedra], de una superficie de 10.000 á 13.000 hectáreas del cual hacen algunos geógrafos modernos el antiguo mar interior de Africa, que hasta hoy había sido colocado en los *chotts Fedjedj, R'arsa y Melr'ir*.

Era en verdad el piador pueblo de aves acuáticas, acampado como un ejército de diversas tribus á orillas del lago, el cual se hallaba, no obstante, á 16 kilómetros, lo que producía en medio de la noche aquella confusa gritería, pues hay millares de todas clases y formas, de todas plumas, desde el pato de nariz aplastada hasta la cigüeña de largo pico. Hay ejércitos de flamencos y de grullas, bandadas de fulgas y de gaviotas, regimientos de colimbos, de pardales y de becasinas. Y á la dulce claridad de la luna, todos esos animales, alegrados por la hermosa noche, lejos del hombre que no tiene habitación próxima á su gran reino líquido, se agitan, lanzan sus gritos, hablan sin duda en su lengua de aves, atruenan el luminoso cielo con sus penetrantes voces, á las cuales responde sólo el lejano ladrido de los perros árabes ó el aullido de los chacales.

14 de Diciembre.

Después de haber atravesado todavía algunas llanuras cultivadas acá y allá por los indígenas, pero que permanecen completamente incultas la mayor parte del tiempo, aunque son muy fértiles, descubrimos á la izquierda la extensa sábana de agua del lago Tritón. A medida que va uno aproximándose poco á poco, parece que se ven islas, grandes y numerosas islas, tan pronto blancas como negras. Son poblaciones de aves que nadan, que flotan en masas compactas. Por las orillas se pasean dos á dos, tres á tres enormes grullas sobre sus elevadas patas. Otras se ven en la llanura entre los bosques de maquis que dominan sus inquietas cabezas.

Este lago, cuya profundidad alcanza seis ú ocho metros, se ha quedado enteramente seco este verano después de los quince meses de sequía que ha sufrido el reino de Túnez, cosa que jamás se había visto. Pero á pesar de su considerable extensión, bastó un solo día para que se llenara en el otoño, porque á él van á parar todas las lluvias que caen de las montañas del centro. La gran riqueza futura de estos campos consiste en que en vez de hallarse atravesados por ríos frecuentemente secos, pero de curso preciso y que canalizan el agua del cielo, como la Argelia, apenas están recorridos por algunas zanjás, donde el menor obstáculo basta para detener los torrentes. Ahora bien, como su nivel es igual por todas partes, cada chaparrón que cae sobre las montañas lejanas se esparce por toda la llanura,